RESEÑAS

Harold Bloom, *La religión americana*, 2009, México, Taurus, trad. del inglés Damián Alou, 288 pp.

RECEPCIÓN: 10 de enero de 2012.

ACEPTACIÓN: 17 de abril de 2012.

¿En qué creen los norteamericanos?

¿Cuál es hoy el punto de partida para hablar de Dios en forma razonable y coherente? Nadie lo sabe. Precisamente por ello, Harold Boom, el crítico literario, prefiere iniciar su reflexión desde una posición cómoda, incuestionable: la admiración que le provoca saber que casi el noventa por ciento de los norteamericanos se sienten amados por Dios. Ante este dato estadístico, como inicio de una reflexión, no hay crítica posible.

Para evitar ser acusado de sesgar su reflexión por ser un creyente como cualquier otro, o bien, un ateo que se contradice al tratar estos temas (o al menos genera suspicacia), busca adquirir inmunidad frente a la crítica auto-definiéndose unas veces como judío no creyente, otras como creyente involuntario. El vaivén de un ateísmo estricto a una fe resignada le brinda una nueva protección para iniciar su estudio.

Plenamente convencido de que la Religión Americana (así con mayúsculas) no es, propiamente, cristiana, sino una fe nacional, una especie de gnosticismo donde los creyentes norteamericanos descubren a Dios dentro de sí mismos, sostiene que también es soledad, individualismo, pragmatismo de sentimientos, actos y experiencias. Dicha fe no tiene un credo; su esencia no está en los textos, sino en la vivencia de cada quien.

Remite sus propias creencias a poderosas tendencias gnósticas, lo cual vuelve a llamar la atención, precisamente, porque los estudios sobre el gnosticismo nos dan una información muy dispersa sobre el contenido de esta manifestación religiosa, la cual no ha dejado de ser aislada y oscurecida por

RESEÑAS

las propias autoridades cristianas, para quienes constituía una herejía aislada más que otra cosa.

La indefinición sigue a Bloom quien, con mucha claridad y poca solidez, afirma que la crítica literaria, como él mismo la entiende, busca lo poético en la poesía, sin darse cuenta jamás de la progresión al infinito que sostiene cuando afirma, análogamente, que sólo la religión puede ser estudiada eficazmente por la religión. Sostiene que las diferentes iglesias y credos que integran la Religión Americana tienen tres elementos esenciales: entusiasmo, gnosticismo y “orfismo americano”. Una vez más, el autor se cuida de soportar alguna crítica que acabe desde el inicio con su texto, precisamente porque el entusiasmo, aun cuando se convierta en fanatismo (concepto igualmente indefinible con plena aceptación de los “fanáticos”), es una noción que, por su carácter subjetivo, escapa a cualquier crítica. Lo mismo ocurre con el gnosticismo y el orfismo: el primero no es posible definirlo, pues ni desde sus orígenes tuvo estructura social, ni doctrina unificada, ni conciencia común; el segundo tampoco se puede acotar con alguna certeza, toda vez que se trata de una creación de personajes aislados, taumaturgos y adivinos, que iban de ciudad en ciudad predicando una doctrina salvadora. Acaso la característica común de estos ingredientes sea cierto dualismo, tema que, por cierto, no alcanza Bloom a abordar de lleno, porque la reflexión sobre este tema, desde Pitágoras y Platón, es muy extensa y matizada.

Una pregunta que surge naturalmente a los estudiosos de la religión (y otros temas con claros componente culturales y sociales), es si estamos hablando de lo que es una religión o, más bien, lo que debe ser. El autor se apresura a responder que se trata de analizar lo que, de hecho, es la Religión Americana, por más que las agrupaciones dominantes que reúne este concepto, dice, estén alejadas del protestantismo histórico y doctrinal. Sin embargo, cada página se refiere a tales agrupaciones desde sus orígenes (mormones, baptistas, adventistas del Séptimo Día, pentecostales, testigos de Jehová), con retratos bien trazados de sus líderes y su prédica específica. Es decir, contrariamente al propósito inicial de la obra, se habla poco de lo que hoy es la Religión Americana y, en cambio, se explica lo que fue o pudo ser hoy por sus orígenes más lejanos (doscientos años atrás); lo cual equivale a querer comprender, por ejemplo, el catolicismo que hoy se vive en América Latina por las enseñanzas de dominicos, franciscanos, agustinos y jesuitas que llegaron a ese continente hace aproximadamente quinientos años.

A pesar de la pretensión fáctico explicativa de este libro (y de la ambigüedad señalada, que le hace estar anclado a los líderes y credos religiosos del

pasado para explicar la Religión Americana actual), Bloom no puede evitar invocar el deber ser de sus propias creencias. Sin la debida explicación que se exige a quien acepta una normativa en general (más aún si se habla de un ideal de religión), insiste en afirmar que los fundamentalistas norteamericanos (noción que, una vez más, no aceptarían fácilmente las personas que así son llamadas) son una parodia de la Religión Americana, quienes intentan superar el terror de la muerte tomando, tosca y literalmente, la “insinuación” de inmortalidad del cristianismo y, precisamente, la crítica de la religión es el instrumento idóneo para comprender y algún día destruir tal fundamentalismo, cuyos supuestos principios son, dice Bloom, que la Biblia siempre tiene la razón, que Jesús nació de una Virgen y su expiación fue por nosotros, que resucitó entre los muertos y que regresará para gobernarnos durante mil años de paz sobre la tierra, antes del Juicio Final.

Llama la atención, finalmente, que la obra destaque como argumento central que las consecuencias de la fe nacional de los norteamericanos les afectan, por supuesto, a todos ellos, y una u otra variedad de esa fe es a menudo sustancia real de aquello a lo que se enfrentan los propios norteamericanos como un fenómeno laico, sin comprender que el motor es la misma Religión Americana. Argumento que, evidentemente, nunca es atribuido a su verdadero autor: Max Weber (*La ética protestante y el espíritu del capitalismo*).

IGNACIO HERNÁNDEZ-MAGRO
Filósofo y ensayista.